

Estado, sociedad y progreso: un análisis sobre la exclusión y tecnificación del sujeto

Oscar Marcos Escobar Contla*

Resumen:

Las distinciones que existen entre sociedades nos han llevado a seguirlas pensando a partir de diferencias técnicas culturales y productivas, mismas que han ocasionado una exclusión del individuo que no se ha integrado a los mecanismos que el progreso ofrece. Con ello, la creación de ciertas figuras discursivas ha sido asignada para el nombramiento de aquellas personas que se encuentran a la sombra de la producción progresista, y con esto se ha buscado la tecnificación del sujeto para la integración a una base productiva y el desarrollo de la sociedad.

Palabras clave: Estado, progreso, producción, exclusión.

Introducción

A lo largo del tiempo, el Estado se ha proclamado como un aparato regulador, como el asilo de cada garantía individual de los sujetos que son gobernados por él. Actualmente pareciera ser impensable nuestra sociedad a la sombra de todas estas instituciones que creemos nos dan cobijo ante el conflicto, ante la naturaleza misma que pensamos inhabitable fuera de los mecanismos de producción y consumo (como apropiación y por lo tanto

*** Estudiante de la Maestría en Humanidades en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional Autónoma del Estado de Morelos.**

dominación), ante la necesidad y hasta el goce mismo (actividades que están encaminadas al consumo), ¿qué hay detrás de todo esto? El Estado se levanta ante una sociedad con arrumacos pensando lo mejor para ella en sus necesidades, sus capacidades, su bienestar y regulando pasiones que no deben de manifestarse si no es para una producción civilizatoria a través de la religión más extrema de todas: el capitalismo. Se crean ciertas figuras discursivas como *el salvaje*, para la dominación y desprestigio de sociedades sin cualidades de Estado. Entonces, ¿se puede pensar una sociedad sin Estado?

Lo que me planteo a continuación es el desarrollo de distintas ideas con el fin de mostrar la manera en que el progreso integra al sujeto a través de su máscara del capitalismo, para regular y controlar sus pasiones, necesidades, capacidades y gustos a costa de un precio alto: la exclusión de sujetos, la imposición de un sistema de producción autodestructivo del sujeto o su preparación tecnificada dentro de los distintos niveles educativos.

Distintas sociedades, distintas técnicas

No es que tengan carencias estas comunidades, sino que sus técnicas son diferentes y satisfacen sus necesidades de forma distinta a las prácticas desarrolladas dentro del abismo del progreso.

En la actualidad la visualización de una comunidad primitiva puede causar un sentimiento de extrañeza, pues viven y se han desarrollado fuera de las relaciones productivas que la modernidad nos ha brindado, es decir, fuera de todas estas comodidades que *carecen* aquellos individuos. Pierre Clastres nota que la visualización de estas sociedades se hace con los ojos de una civilización, de una sociedad que ya está hecha y derecha por el aparato del Estado y mide el “desarrollo” de esas comunidades a partir de las carencias que tienen:

Nos hemos dado cuenta de que casi siempre las sociedades arcaicas se determinan negativamente, en función de las carencias: sociedades sin Estado, sociedades sin escritura, sociedades sin historia. Aparece en el mismo orden la determinación de estas sociedades en el plano económico: sociedades con economía de subsistencia. (166)

No es que tengan carencias estas comunidades, sino que sus técnicas son diferentes y satisfacen sus necesidades de forma distinta a las prácticas desarrolladas dentro

del abismo del progreso. Ambas técnicas, tanto la primitiva como la moderna, están bajo lo que Bolívar Echeverría llama “la dimensión cultural”. Esta hace referencia a aquella precondition que da sentido a las actividades más cotidianas de cada individuo y hasta el rumbo mismo de la historia se ve afectada por ella. Echeverría lo ejemplifica con la comunidad descrita por Malinowski en Trobiand, en donde los nativos producían una serie de rituales para pedir permiso al árbol que sería talado, pensando que les daría buena madera a fin de realizar una canoa que saliera buena para la pesca, la navegación, etcétera (Bolívar 17-18). Echeverría identifica esta ritualización en la actualidad:

No parece existir un proceso técnico de producción en estado estrictamente puro. Todo proceso de trabajo está siempre marcado por una cierta peculiaridad en su realización concreta, misma que penetra y se integra orgánicamente en su estructura instrumental y sin la cual pierde su grado óptimo de productividad. (21)

En este sentido, no podemos identificar una técnica superior a otra. Esto no era algo que entendieran los primeros observadores europeos con los indios de Brasil que describe Clastres. Los observadores se sorprendieron al ver que el tiempo dedicado al trabajo por parte de los indios era de un poco más de tres horas, mientras que el resto de tiempo era ocupado como tiempo de ocio. Las consecuencias para los indios vinieron cuando se les asignó más tiempo de trabajo que de ocio, por lo que ellos murieron debido a la producción excesiva a la que eran sometidos. Uno se preguntaría: ¿para qué producir un excedente si con el resto del tiempo podían dedicarse a otras actividades de goce? Ante esto, Clastres distingue dos axiomas que dirigen la sociedad occidental: que se desarrolla bajo la sombra de un estado y que “hay que trabajar” (169).

Como se dijo anteriormente, esta dimensión precondicionante determina la toma de decisiones de los seres humanos que en ella se encuentren junto con el rumbo de la historia. El desarrollo de una técnica, por lo tanto, será diferente en cada lugar. Por esta razón los ingleses que llegaron a observar a los indios brasileños se extrañaron al ver el tiempo dedicado a un trabajo que no producía excedentes y a una ociosidad mayor que el trabajo. Su dimensión cultural era distinta a la europea, la que venía de la producción y el

exceso. Por eso la técnica, como dice Bolívar Echeverría, “no siempre es aprovechada históricamente de la misma manera” (21). Si pensamos que los observadores europeos venían de una sociedad en donde el Estado dicta y regula la producción mediante excedentes, su asombro era de esperar; ya que mientras la vida de los indios estaba mayormente ocupada por el ocio, los ingleses se ven resguardados en un estado capitalista en donde la producción rápida (el trabajo) y el excedente son las directrices de estas sociedades europeas.

El estado y el progreso como aparato civilizador

Quisiera introducir la figura que conocemos como *salvaje*, sobre la cual se entiende a aquellos sujetos que están alejados de la “civilización” por tener un contacto directo con la naturaleza. En términos generales, como aquellos que no tienen un Estado conformado. Armando Villegas ha mostrado esto en un análisis que tiene sobre las funciones de las figuras que son “el hombre”, “el bárbaro” y “el salvaje”. Él ve que éstas son parte de una estructura argumental, utilizadas en distintos momentos de la historia para referirse a diferentes sujetos donde la figura de exclusión es la del “hombre”, pues es la que se ha utilizado para colonizar, civilizar y evangelizar. Estas figuras no son identificables fuera de la datación de las tácticas argumentativas en las que son nombradas; están determinadas en un periodo específico. Por eso, cuando se hable del hombre, lo que se tendría que hacer es historizarlo, “referirlo a otras subjetividades” (Villegas 46).

Los civilizadores son el medio por el cual el Estado va proclamando una mejoría, una productividad más excesiva y un sistema de producción que pueda regular las actividades, las pasiones y los gustos de los individuos, porque de otra forma, ¿quién nos garantizaría la tranquilidad que surge al saber de la existencia de instituciones en las que podemos confiar para satisfacer nuestras necesidades como la salud, la vivienda, la educación, la productividad, el goce, en fin, el consumo?, ¿quién nos garantizaría una vida, si no es el capitalismo? Figuras como la del salvaje entran en juego y son usadas en la argumentación para la dominación de otros territorios. El salvaje, dice Villegas:



Apareció en el discurso de los filósofos del siglo xvii y siglo xviii como parte del argumento en el que se oponía el estado de naturaleza al estado social. Este salvaje, bueno o malo, introdujo la posibilidad de la norma en oposición a la naturaleza. Este “personaje” como lo llama Foucault, al final de la narrativa del contrato social, siempre cede su libertad para fundar la civilización. (39)

La figura del salvaje ha servido al Estado como justificante para llegar a los lugares en donde no se cuente con un sistema productivo mayor, así como no esté el denominado progreso de las maquinarias y el flujo rápido. Con la llegada del Estado y junto a la idea de llevar el progreso, la regulación a través del derecho y la comodidad a todas esas comunidades “retrasadas” o *salvajes*, ocurre un cambio en el sujeto y en la forma de producción y consumo, para los cuales el sistema capitalista estaría encargado de dirigirlos a una civilización. Resulta aquí pertinente el estudio que hace Hirschman sobre el rastreo del origen de aquel espíritu emprendedor con el que se ven de manera honorable las actividades que giran en torno a lo bancario, la economía y, por ende, el dinero.

Hirschman ve que en San Agustín las pasiones (como el deseo de poder, por el dinero y el de índole sexual) son un camino destructivo para el hombre. En consecuencia, se opta por un control de estos impulsos, creando así una virtud hacia la represión de éstos. Ahora esta búsqueda del honor y la gloria pasó a ser la grandeza del hombre exaltada por la ética de la caballería, pero ésta sería rápidamente destruida y ahora se necesitaría la ayuda de un nuevo aparato controlador, el cual curiosamente sería el Estado. Lo interesante se muestra al ver el cambio de función que han tenido las pasiones del humano, pues si antes se entendían como algo destructivo, para él ahora giraran y se busca una productividad en ellas que saque provecho para algo civilizador:

De nuevo se confía en el Estado o la “sociedad” para la realización de esta hazaña, pero ahora no sólo como una protección represiva, sino como un medio transformador, civilizador. Ya en el siglo xvii pueden encontrarse especulaciones acerca de tal transformación de las pasiones destructoras en

Ahora esta búsqueda del honor y la gloria pasó a ser la grandeza del hombre exaltada por la ética de la caballería.

algo constructivo. Anticipándose a la mano invisible de Adam Smith, Pascal defiende la grandeza del hombre por el hecho de que “se las ha arreglado para sacar de la concupiscencia un resultado admirable” y “un orden tan hermoso”. (Hirschman 24-25)

La división del sujeto y la gran mentira

Ahora aparece el Estado (llevando consigo algún sistema productivo) como la autoridad “autorizada”, como regularizador de los distintos impulsos que puedan surgir del humano, encaminándolos hacia un bien productivo, hacia una civilización, hacia el progreso. Estamos bajo las condiciones que los medios de producción nos pueden posibilitar y, como bien lo apunta Clastres, la introducción de un Estado viene junto con una división jerárquica en las sociedades primitivas, pues aparece ahora el que manda y el que obedece, aquel que crea la ley y aquel que está dispuesto a voluntad o por obligación a obedecerla:

El único trastorno estructural, abismal, que puede transformar la sociedad primitiva destruyéndola como tal, es el que hace surgir en su seno, o del exterior, aquel cuya misma ausencia define esta sociedad: la autoridad de la jerarquía, la relación de poder, el sometimiento de los hombres, el Estado. (Clastres, 177)

Así, dos son los sujetos que podemos distinguir en esta introducción al sistema de reproducción de la productividad. Bolívar Echeverría ve aquí a un primer sujeto que se caracteriza por

la presencia en él de un conjunto orgánico de predisposiciones, técnicamente aseguradas, a la alteración de la actividad natural exterior a él; lo que lo distingue es la presencia en él de un sistema de capacidades productivas o de trabajo. (Bolívar 52)

Mientras que el sujeto de la otra fase de reproducción se caracteriza por

la presencia en él de un sistema de necesidades de consumo que mide y ordena, siempre también

de acuerdo a un diseño específico, la apertura de su naturaleza interior a la acción complementaria que ella detecta proveniente de la naturaleza exterior. (52)

Si bien Bolívar habla en un contexto diferente al de Clastres, en ambos podemos distinguir estas jerarquías de clases que trae un proceso de reproducción social en el que unos se enfrentan a ciertos objetos a través de herramientas (el primer sujeto) y otra fase en la que se dedica a consumir, a traer en él ese sistema que se ordena (segundo sujeto).

Con la llegada de la industrialización podemos reafirmar esta separación productiva del sujeto: trabajar y consumir. Separación que para Theodor Adorno sería la base sobre la cual la industria cultural es edificada. La crítica hacia la ilustración de Adorno consiste en la pretensión liberadora y progresista de la ilustración, pues ésta terminaría siendo autodestruida ya que tal proyecto va a tener que ser mantenido por el hombre, el cual deberá vender su libertad para que este sistema siga funcionando. Ahora, la vida del sujeto pasa a dividirse en dos etapas: la del trabajo y la del descanso (consumo), pero aún cuando uno se cree libre de poder salir y divertirse de la manera que más quiera, esto igual está condicionado por la clase burguesa que mantiene el poder y sólo hay cierto número de sabores

para quien sabe de la libertad, todos los placeres que esta sociedad tolera son insoportables, y fuera de su trabajo, que ciertamente incluye lo que los burgueses dejan para el término de la jornada bajo el nombre de “cultura”, no puede entregarse a ningún placer distinto. (Adorno 128)

El hombre después de su jornada laboral llega a casa cansado de su trabajo, prende la televisión y lo único que busca es relajarse un poco. Ante él le espera toda la tormenta que la industria cultural arroja para mantenerlo distraído con sus helados de sabores, porque quiere mantenerlo lejos de la reflexión. Condiciona el tiempo del trabajo para el trabajo y la diversión para la diversión.

Ninguna satisfacción puede proporcionar un trabajo que encima pierde su modestia funcional en

la totalidad de los fines, y ninguna chispa de la reflexión puede producirse durante el tiempo libre, porque de hacerlo podría saltar en el mundo del trabajo y provocar su incendio. Cuando trabajo y esparcimiento se asemejan cada vez más, en su estructura, más estrictamente se los separa mediante invisibles líneas de demarcación. (130)

He aquí la gran mentira de la industria cultural: el sufrimiento humano. La cultura (el progreso) es posible sólo gracias al trabajo manual y al sufrimiento ajeno, ya que el hombre tiene que vender su libertad, entregarla al sistema a fin de que la maquinaria funcione. Adorno lo ilustra con una canción de cuna de Taubert. El niño, para poder dormir, olvida que el mendigo ha sido corrido, ha olvidado la miseria en que otros viven. El sufrimiento del trabajador es ocultado con el propósito de que nosotros podamos estar adormecidos:

Duerme tranquilo, / Cierra los ojitos, / oye cómo llueve, / Oye cómo ladra el perrito del vecino. / El perrito ha mordido al hombre, / le ha destrozado las ropas al mendigo, / el mendigo corre al portal, / duerme tranquilo. (200)

No es de sorprender que la educación esté encaminada hacia una preparación técnica de los individuos, preparados para salir al uso de las máquinas que esperan ser controladas.

¿El capitalismo como medio tecnificado en la educación?

No es de sorprender que la educación esté encaminada hacia una preparación técnica de los individuos, preparados para salir al uso de las máquinas que esperan ser controladas. El filósofo mexicano Samuel Ramos ya lo denunciaba en su tiempo y rastreó esto en la copia del mexicano hacia el sistema educativo de Estados Unidos, uno que consistía en la rapidez e inmediatez, un mecanismo impresionante para el mexicano que por sus instintos no dudó en hacerlo a su medida. A lo que Samuel Ramos acusa:

Si la escuela sirve exclusivamente a la técnica material, quiere decir que prepara a los individuos para ser más fácilmente devorados por la civilización, y esto es un concepto monstruoso de la escuela. La educación debe concebirse, al contrario, como

un esfuerzo de la vida misma que se defiende contra una civilización, la cual aparentemente prepara muy bien a los hombres para vivir, convirtiéndolos en autómatas perfectos, pero sin voluntad, ni inteligencia, ni sentimiento; es decir, sin alma. (88-89)

Al igual que Ramos, Octavio Paz denuncia esta era, pues la universidad, aquel lugar que era destinado a la crítica y reflexión, ahora se torna en una máquina que prepara sujetos para el trabajo: “El progreso ha poblado la historia de las maravillas y los monstruos de la técnica pero ha deshabitado la vida de los hombres. Nos ha dado más cosas, no más ser” (26). Pero, ¿quién encamina esta educación?, ¿a quién le sirve preparar individuos para la labor fuera de las aulas?, ¿al Estado o, como lo llama Samuel Ramos, a la civilización?

Conclusiones

El propósito inicial era mostrar de qué forma el progreso se muestra como el protector de la comunidad, como aquél que llega a satisfacer las necesidades de los sujetos brindándoles comodidades y bienestar a través de un sistema que les jerarquiza. Figuras discursivas como la del salvaje sirven para el dominio y exclusión, con las cuales el progreso se hace presente y va en nombre de la civilización para su control y dominio. Al igual que la industria cultural, ambas se edifican sobre aquellos que la han posibilitado. Pero el progreso jala al ángel de la historia, lo lleva a seguir y olvidar a los muertos, el ángel de la historia avanza:

El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso. (Benjamin 44-46)

El capitalismo se levanta como la religión más extrema metiéndose en cada rincón de la vida cotidiana. En la

cama, en el ocio, en el trabajo: todos los días son para su celebración. Crea al sujeto trabajador y al sujeto consumidor. Por lo que, a modo de conclusión, esto no es una invitación a salir del sistema capitalista en que nos encontramos sumergidos (algo imposible en mi opinión), ni una propuesta de solución ante el monstruo del progreso. Pero sí se hace la invitación a pensar e identificar el papel que estamos teniendo como seres que se encuentran siendo preparados para trabajar y seguir alimentando esta industria, así como para ser sujetos de disfrute y de consumo de una forma pasiva. Se muestra la necesidad de una filosofía que sea crítica ante estas relaciones que tienen los individuos que se ven cobijados bajo los brazos progresistas. Hay que cuestionar estas verdades y formas de vida que se nos han designado y decidir lo que queramos, pero conscientes.

Bibliografía

- Adorno, Theodor. *Mínima Moralía*. México: Taurus, 2001. Web.
- Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Itaca, 2008. Impreso.
- Clastres, Pierre. *La sociedad contra el Estado*. Barcelona: Virus Editorial, 2010. Web.
- Echeverría, Bolívar. *Definición de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE)/Itaca, 2010. Impreso.
- Hirschman, Albert. *Las pasiones y los intereses Argumentos políticos a favor del capitalismo antes de su triunfo*. México: FCE, 1978. Web.
- Ramos, Samuel. *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Planeta, 2001. Impreso.
- Paz, Octavio. *Posdata*. México: Siglo XXI, 1970. Impreso.
- Villegas Contreras, Armando, Natalia Talavera Baby, y Roberto Monroy Álvarez (coords.). *Figuras del discurso. Exclusión, filosofía y política*. México: Bonilla Artigas/ Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2017. Impreso.